

tando los encantos del paisaje. De repente se presentó á la vista de los alegres soldados una diminuta pero risueña ciudad edificada sobre una isleta de la laguna de Chalco. «Armada sobre el agua», como dice Cortés, «sin haber para ella ninguna entrada» y perfectamente «torreada,» parecia un blanco cisne descansando tranquilo sobre la blanda superficie de las aguas.

El ejército pasó contemplando á lo lejos la preciosa poblacion, cuyos habitantes, que ascendian á mil, se habian colocado sobre las azoteas de sus blancas casas para ver pasar á los misteriosos extranjeros.

Siguiendo la marcha por entre campos esmeradamente cultivados, cubiertos de doradas mazorcas de maíz, de alubia y de pimientos, regados por multiplicados canales que recibian el agua del anchuroso lago, llegó la tropa castellana á Cuitlahuac, ciudad fundada tambien en una isleta de la hermosa laguna de Chalco; pero que se comunicaba con el continente por dos anchas y cómodas calzadas construidas sobre la laguna. Hernán Cortés quedó agradablemente sorprendido de la belleza y deliciosa situacion de aquella ciudad que, «aunque pequeña», como él dice, era «la mas hermosa que hasta entonces habia visto» (1). Las dos calzadas eran notables por su anchura y solidez. La que se hallaba al Mediodía contaba dos millas de longitud; la del Setentrion era algo mas larga.

(1) «Fuimos á dar á una ciudad, la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habiamos visto, así de muy bien obradas casas y torres, como de la buena orden que en el fundamento de ella habia, por ser armada toda sobre el agua.»—Cortés, segunda carta.

Todo cuanto rodeaba á los españoles era sorprendente, encantador y nuevo para ellos. Risueñas ciudades edificadas sobre el agua y esparcidas por la extensa laguna; jardines flotantes ó chinampas, cubiertas de flores y verdura, que se movian de un sitio á otro del lago, llevadas á merced de los labradores que las cultivaban, como islas encantadas conducidas por las hadas; canoas cargadas de comestibles y de plantas, conducidas por los ágiles indios que llevaban sus productos á las poblaciones próximas situadas en la ribera; aldeas semi-ocultas en las espesas arboledas que embellecian las laderas de los montes; bosques de tejocotes y capulines, amarellando aquéllos como pendientes de oro, y remedando globulillos de azabache los segundos; aves de brillante plumaje, en que figuraba el matizado colibrí de alas de esmeralda y de oro, alimentándose del cáliz de las preciosas flores, menos brillantes y hermosas que sus delicadas plumas; hé aquí el sorprendente cuadro que se presentaba ante los ojos de Cortés y sus compañeros.

La magnificencia del panorama que les rodeaba, les hacia dudar de la realidad de lo que veian. Creyendo superior el cuadro á lo que de mas bello pudiera formar la naturaleza, se creian dominados por algun fantástico ensueño, ó transportados á las encantadas regiones descritas en el libro de Amadís de Gaula (1).

(1) «Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba á Méjico, nos quedamos admirados, y deciamos que parecia á las casas de encantamento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes

Los españoles entraron en la ciudad por una de las anchas calzadas, que se encontraba apretada de gente ansiosa de verles. Los soldados, dispuestos siempre para el combate, marchaban por ella sin permitir que los indios se aproximasen demasiado á sus filas. La recepcion hecha por el señor de la ciudad á Cortés fué lisonjera. La tropa se alojó en ámplios edificios, y los víveres se le sirvieron con abundancia.

La amabilidad de Cortés con los principales nobles de la poblacion y su cacique, llegó á conquistarle bien pronto el aprecio de ellos y aun á ganar su confianza.

Considerándole como salvador de los pueblos oprimidos, se quejaron de la tiranía que Moctezuma ejercia sobre los señoríos sujetos á su corona. La relacion hecha de sus arbitrariedades era la misma que le habian hecho los gobernantes de los demás puntos por donde habia pasado. Cortés les prometió que se pondria remedio á los males, pues era la mision que le habia confiado su monarca. El ofrecimiento del jefe español inundó de gozo el corazon de los quejosos, y el señor de la ciudad, lleno de odio contra el soberano de Méjico, se confederó con el caudillo de los castellanos.

El ejército salió al siguiente dia de Cuitlahuac, y se dirigió, por otra espaciosa calzada, á la pintoresca ciudad de Iztapalapan. El gentío aumentaba á medida que los espa-

torres y cues y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decian que si aquello que veian si era entre sueños.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

ñoles se aproximaban á la poblacion. Todos querian ver á los hombres barbudos que despedian el rayo entre nubes de humo, y marchaban sobre fogosos y temibles animales á los combates.

El paisaje continuaba presentando los mismos encantos. Era un cuadro de vida y de animacion de un tono y colorido sorprendentes.

La columna expedicionaria, siempre cuidadosa y prevenida, llegó, en medio de una nube de polvo que levantaba la multitud, á la risueña poblacion.

Iztapalapan era entonces una de las ciudades importantes que embellecian el valle de Méjico. Situada hacia la punta de una pequeña península que divide las lagunas de Chalco y de Texcoco, y edificada la mitad sobre el agua y la otra en la tierra firme, presentaba una vista altamente pintoresca. Sus casas, que ascendian á doce mil, construidas de cal y de piedra, ostentaban ámplios terrados, ventilados patios, y espaciosos y cómodos salones con vistas deliciosas.

Gobernaba entonces la ciudad el príncipe Cuitlahua, hermano de Moctezuma y su inmediato sucesor en la corona. Hombre de intrépido corazon, habia opinado siempre por la guerra, y los consejos dados al emperador en las consultas habian estado siempre en ese sentido. Sin embargo, respetando la resolucion de su soberano y del rey de Texcoco, se propuso recibir á Cortés como correspondia á la grandeza del imperio y al renombre del valiente general que le visitaba. Con el fin de hacerle una recepcion digna, invitó á otro hermano suyo llamado Matlatzinca, señor de la ciudad de Coyohuacan, así como

á varios caciques de las poblaciones inmediatas, á que pasasen á Iztapalapan.

Dispuesto todo con el mayor acierto, Hernan Cortés fué recibido con las demostraciones mas altas de consideracion. Dicho el discurso de bienvenida por el señor de la ciudad, y hecho el regalo de costumbre de algunas piezas de oro y telas de algodón, le alojó con todas sus tropas en su mismo palacio, donde mandó que le sirvieran un espléndido banquete (1).

La belleza y suntuosidad del vasto edificio llenó de asombro á los expedicionarios. Era de cal y piedra, perfectamente labrada. Anchos patios, entoldados con vistosas y finas telas de algodón, se comunicaban con espaciosos salones de rico pavimento y magnificas techumbres.

(1) Algunos historiadores aseguran que el ejército español pasó á Texcoco al marchar para Méjico. El Sr. Clavijero dice que al dirigirse Cortés de Cuitlahuac por otra calzada hácia Iztapalapan, le fué á encontrar el príncipe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco y enemigo de Moctezuma, viendo que no habia querido hacer el viaje por Calpolulpa, donde le habia ofrecido reunirse con sus numerosas tropas: que reconciliados los dos hermanos, alcanzaron al general español en la calzada y le invitaron á que pasase á Texcoco, dispuestos á confederarse con él, invitacion que fué inmediatamente aceptada.

Este episodio, á ser cierto, hubiera sido referido por Cortés ó Bernal Díaz. La importancia del suceso era demasiado marcada para pasarla por alto. La invitacion de un príncipe y de un rey, que poco antes le habia visitado en nombre de Moctezuma, y la oferta de un numeroso ejército, no podian pasar sin mencionarse en la carta escrita á Carlos V, en que se dan detalles de mucha menor importancia. Ni una palabra referente á Texcoco traen Bernal Díaz ni Cortés; y de suponerse es que hombres que describen los pueblecitos mas insignificantes situados en la laguna, hubieran hablado de Texcoco, de la rival de Méjico en belleza, si hubieran marchado á visitarla.

en que el cedro y otras maderas olorosas se habian empleado. Bellos tapices, tambien de algodón, donde se hallaban pintados algunos pasajes de la historia de sus dioses, cubrian las paredes. Amplias cortinas de la misma tela, colocadas con gracia, velaban las puertas; y diversas estátuas representando á sus mas predilectas divinidades, colocadas simétricamente, adornaban los espaciosos corredores y terrados.

Pero si la belleza y capacidad de las habitaciones les sorprendió justamente, el asombro tomó creces al penetrar en el grandioso jardín que servia de recreo al fastuoso magnate. Era de una extension notable. Árboles frutales llevados de diversos climas; variadas flores y aromáticas rosas de los mas raros matices; plantas exquisitas y caprichosos arbustos se descubrian por do quiera, regados suavemente por límpidos arroyuelos. En el centro se ostentaba un magnífico estanque de piedra sillar, cuadrado, de mil seiscientos pasos de circunferencia, en el fondo de cuyas dulces aguas se veian cruzar peces exquisitos, á la vez que en su superficie resbalaban dulcemente millares de aves de lustroso plumaje. Circunvalaba el estanque un ancho anden por el que podian marchar cómodamente cuatro personas de frente.

Aumentaba el encanto de este delicioso sitio un ancho canal que entraba en él, comunicándose con el lago de Texcoco, dando paso á ligeras canoas que conducian los objetos necesarios.

Hernan Cortés y los que le acompañaban no se saciaban de admirar aquel delicioso jardín que excedia á todo lo ponderable, y de cuya suntuosidad y grandeza duda-

ríamos, á no habernos dado ellos mismos la descripción de lo que vieron (1).

Seria imposible reconocer en la Iztapalapan de nuestros días á la bellísima Iztapalapan; á la ciudad de los jardines y de los palacios, que llamó la atención de los conquistadores. Una completa metamórfosis se operó pocos años despues en la pintoresca poblacion. El mismo Bernal Diaz que habia admirado su grandeza, nos pinta el triste cambio sufrido en ella. Las modernas poblaciones levantadas por los españoles fueron siendo el centro del comercio y de la industria; y los habitantes de Iztapalapan, lo mismo que los de otras ciudades, abandonaban sus antiguas residencias para establecerse en las que presentaban mas comodidades y ventajas. Alejados los habitantes, los deshabitados edificios fueron derrumbándose, llenando las márgenes

(1) «Una muy grande huerta junto á la casa (el palacio) y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, é al rededor della un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose... Hacia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás de ellas todo género de arboledas y yerbas olorosas, y dentro del alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos y cercetas y otros géneros de aves de agua; y tantas, que muchas veces casi cubren el agua.»—Carta segunda de Cortés.

Bernal Diaz, arrebatado de entusiasmo, dice: «Fuimos á la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable, vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver, que podian entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lúcido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que habia harto que ponderar.»

nes del lago de escombros y de ruinas. Las aguas se retiraron largo trecho, y las orillas, antes acariciadas por las ondas del lago, se vieron secas, y su terreno cubierto de maizales y de hortaliza (1). Los jardines, las praderas, los palacios, los estanques, todo ha desaparecido. Solo queda en la historia, libro que perpetúa lo pasado y graba el presente para transmitirlo al futuro, la memoria de lo que fué.

Hernan Cortés no oyó en ninguno de los personajes que fueron á visitarle, queja ninguna contra el emperador de Méjico.

Hasta entonces no habia oido hablar mas que de su tiranía y despotismo; en aquellos instantes no escuchaba otra cosa que las ponderaciones de su poder, de su fausto y de su grandeza. La proximidad á la corte y el tener por señor al hermano del monarca, imponian acaso silencio á los descontentos.

El jefe español no extrañó escuchar de los labios de todos las alabanzas hácia el soberano. Lo que preocupaba su imaginacion eran las inequívocas señales de poder, de cultura y de adelanto que presentaba el poblado país en que se hallaba.

(1) «Y diré que en aquella sazón era muy grande pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; agora en esta sazón está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua, esté agora sembrado de maizales y muy perdido.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

Desde lo alto del edificio que ocupaba, descubria las grandes y populosas poblaciones pertenecientes al imperio azteca, y alcanzaba á ver la emperatriz ciudad de Anáhuac, elevando á las nubes las colosales torres de sus notables templos; reclinada en medio de un extenso lago; defendida por la naturaleza, sus sólidas fortificaciones, y por sus numerosos ejércitos.

Nunca le pareció mas grande su empresa que en aquellos momentos en que contemplaba junto al colosal poder de un reino los mezquinos elementos con que contaba para derribarle.

Frente á la ponderada corte del mas fuerte de los monarcas de Anáhuac; en medio de poblaciones guerreras, prontas á levantarse á la voz de su soberano, se encontraba con un puñado de soldados; con cuatrocientos hombres que formaban un punto imperceptible en la inmensa extensión del majestuoso valle.

A una sola voz del monarca de Méjico, podia levantarse un ejército de doscientos mil hombres que le cerrasen el paso por todas partes.

Pero todas estas reflexiones no desanimaron su espíritu. Por el contrario; le inspiraron mayor deseo de alcanzar su idea.

Su valor y su fé le presentaban pequeños todos los obstáculos.

Era corto su ejército; pero el poder de la cruz era grande para hacerle invencible.

Dios, que le había conducido felizmente hasta allí, le llevaria hasta el fin de la jornada.

Así pensaba el bravo caudillo español al contemplar,

desde la elevada azotea del palacio de Iztapalapan, los soberbios edificios de la corte de Moctezuma, bañados en aquel instante por los últimos rayos del sol que descendia entre nacaradas nubes al Ocaso.